

Historia 17—La Traición y el Arresto

No se veían rastros de Su reciente sufrimiento mientras el Salvador avanzaba para enfrentar a Su traidor. Poniéndose delante de Sus discípulos, preguntó a la multitud:

«¿A quién buscáis?»

Ellos respondieron: «A Jesús nazareno». Jesús contestó: «Yo soy» (Juan 18:4, 5).

Mientras Jesús pronunciaba estas palabras, el ángel que recientemente Le había ministrado se interpuso entre Él y la multitud. Una luz divina iluminó el rostro del Salvador, y una forma semejante a una paloma Le cubrió con su sombra.

En presencia de esa gloria divina, la turba asesina no pudo mantenerse en pie ni por un momento. Retrocedieron tambaleándose. Los sacerdotes, los ancianos y los soldados cayeron a tierra como muertos.

El ángel se retiró, y la luz se desvaneció. Jesús habría podido escapar, pero permaneció allí, tranquilo y dueño de Sí mismo. Sus discípulos estaban demasiado asombrados para pronunciar palabra alguna.

Los soldados romanos pronto se pusieron en pie. Junto con los sacerdotes y Judas, se reunieron alrededor de Cristo. Parecían avergonzados de su debilidad y temerosos de que Él escapara. Nuevamente el Redentor formuló la pregunta: «¿A quién buscáis?»

Otra vez respondieron: «A Jesús nazareno». Entonces el Salvador dijo: «Os he dicho que yo soy; si me buscáis a mí, dejad ir a estos [señalando a Sus discípulos]» (Juan 18:7, 8).

En esta hora de prueba, los pensamientos de Cristo estaban en Sus amados discípulos. No deseaba que ellos sufrieran, aunque Él mismo tuviera que ir a la prisión y a la muerte.

Judas, el traidor, no olvidó el papel que debía desempeñar. Se acercó a Jesús y Le besó.

Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué vienes?» (Mateo 26:50). Su voz tembló mientras añadía: «¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» (Lucas 22:48).

Estas tiernas palabras deberían haber conmovido el corazón de Judas; pero toda ternura y honor parecían haberlo abandonado. Judas se había entregado al control de Satanás. Se presentó audazmente delante del Señor, y no se avergonzó de entregarlo a la cruel multitud.

Cristo no rechazó el beso del traidor. Con ello nos dio un ejemplo de tolerancia, amor y compasión. Si somos Sus discípulos, debemos tratar a nuestros enemigos como Él trató a Judas.

La turba asesina se volvió audaz al ver que Judas tocaba la forma que tan recientemente había sido glorificada ante sus ojos. Entonces echaron mano al Salvador y ataron aquellas manos que siempre habían estado ocupadas en hacer el bien.

Los discípulos no pensaron que Cristo se permitiría ser capturado. Sabían que el poder que había derribado a la multitud como muertos podía mantenerlos indefensos hasta que Cristo y Sus compañeros escaparan.

Quedaron decepcionados e indignados al ver que traían cuerdas para atar las manos de Aquel a quien amaban. Pedro, en su ira, sacó precipitadamente su espada e intentó defender a su Maestro. Pero solo cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote.

Cuando Jesús vio lo que había sucedido, soltó Sus manos, aunque estaban firmemente sujetas por los soldados romanos, y diciendo: «Dejad hasta aquí» (Lucas 22:51), tocó la oreja herida, y al instante quedó sana.

Entonces dijo a Pedro: «Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y Él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que así debe suceder?» (Mateo 26:52-54). «¿No he de beber la copa que el Padre me ha dado?» (Juan 18:11).

Cristo se volvió entonces a los principales sacerdotes y a los capitanes del templo, que estaban con la multitud, y les dijo: «¿Habéis salido como contra un ladrón, con espadas y con palos para prenderme? Todos los días estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es necesario que se cumplan las Escrituras» (Marcos 14:48, 49).

Los discípulos se sintieron ofendidos al ver que el Salvador no hacía ningún esfuerzo por librarse de Sus enemigos. Le culpaban por no hacerlo. No podían comprender Su sumisión ante la multitud y, aterrorizados, Le abandonaron y huyeron.

Cristo había predicho esta deserción. «He aquí», había dicho, «la hora viene, y ya ha llegado, en que seréis esparcidos, cada uno por su lado, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Juan 16:32).

